



OPINIÓN



POR PABLO
CABAÑAS DÍAZ

La lealtad legislativa como espejo de la historia

La política mexicana, tan inclinada a los rituales del pasado, suele desplegar escenas que resuenan con ecos de otra época.

No se repiten los hechos —eso sería una simplificación histórica imperdonable—, pero sí los gestos, las palabras, la liturgia que transforma la vida pública en una obra de teatro cíclica.

La reciente reunión entre Claudia Sheinbaum y los legisladores de Morena, Partido del Trabajo y Partido Verde es una de esas escenas donde el presente dialoga, sin quererlo, con la memoria larga del poder.

Tras el encuentro, las declaraciones fueron unánimes: unidad, lealtad, respaldo pleno a la presidenta.

Adán Augusto López habló de “muchísima solidaridad y lealtad con la presidenta”.

Y Ricardo Monreal, con la solemnidad del viejo parlamentario que conoce cada grieta del sistema, añadió una frase que terminó por cerrar el círculo: “Hemos acordado con diputados federales, diputadas, refrendarle todo nuestro respaldo a la presidenta Claudia Sheinbaum por su conducción acertada, por su honestidad, por su capacidad, por ser la primera mujer que nos gobierna y nos gobierna bien en México”.

La frase no es inocente. Evoca, con delicadeza casi involuntaria, aquella vieja coreografía del PRI hegemónico, cuando los legisladores acudían a Los Pinos para agradecer al presidente su conducción, su visión y la supuesta estabilidad del país.

No es que Monreal esté replicando ese guion —sería absurdo sugerirlo en un sistema político más plural y disputado—, pero sí reproduce una semántica del poder profundamente arraigada en nuestra historia.

Porque México no puede desprenderse del peso de su propio siglo XX.

Durante los gobiernos del PRI, el Congreso funcionaba como una extensión orgánica del Ejecutivo.

El PRI dominaba la vida parlamentaria con un control casi perfecto: disciplina vertical, cohesión incontestable, oposición mínima.

Las iniciativas presidenciales se aprobaban sin resistencia, los informes se celebraban como rituales civiles, y la unidad partidista era el fundamento de la gobernabilidad.

En aquel sistema, los legisladores no respaldaban: obedecían.

No acompañaban: confirmaban. Y lo hacían en nombre de la estabilidad nacional.

Hoy el país es otro. La oposición existe y compete; los medios no están maniatados; la ciudadanía no mira al poder con la reverencia de antaño.

Pero persisten, como brasas bajo la tierra, los viejos reflejos de la política mexicana: la idea de que la unidad se proclama, que la lealtad se exhibe, que la gobernabilidad se construye también con gestos públicos.

En ese sentido, la reunión con la presidenta Sheinbaum revela un doble movimiento.

Por un lado, una coalición legislativa que busca consolidar la agenda del nuevo gobierno, asegurar reformas estratégicas y blindar la transición interna de la 4T.

Es natural, incluso indispensable, que un gobierno afirme la cohesión de su mayoría parlamentaria. Pero, por otro, la forma en que se articula ese respaldo —las palabras escogidas, la ritualidad del acontecimiento, la insistencia en la unidad— evoca a los viejos mecanismos del presidencialismo.

En el encuentro la presidenta Sheinbaum, restó dramatismo a las voces críticas al señalar que “una golondrina no hace verano”.

La frase, célebre en la política mexicana, funciona como una manera de minimizar el ruido, pero también recuerda una idea central del viejo régimen: la crítica como fenómeno aislado, el descontento como anécdota, la estabilidad como patrimonio del Ejecutivo.

Nada de esto implica que vivamos un retorno al PRI de los años sesenta y setenta.

Las circunstancias históricas son otras, pero la continuidad simbólica es innegable.

Lo que antes era hegemonía vertical hoy aparece como disciplina interna; lo que era obediencia estructural hoy se traduce como lealtad política; lo que era control absoluto hoy se define como cohesión estratégica.

El verdadero desafío de un gobierno no es solo transformarse a sí mismo, sino transformar las formas históricas del poder que lo preceden.

La continuidad puede convertirse en sombra si no se interroga.

El respaldo político fortalece, pero también puede silenciar matices que enriquecen la vida democrática.

El reto de Claudia Sheinbaum es precisamente ese: demostrar que la lealtad no es una herencia del viejo presidencialismo, sino una convicción democrática; que el apoyo legislativo no es la coreografía de un pasado autoritario, sino la voluntad de construir un proyecto de Estado que dialogue con su ciudadanía; que la unidad no es ritual, sino responsabilidad.

*pcdmx2025@proton.me

La reciente reunión entre Claudia Sheinbaum y los legisladores de Morena, Partido del Trabajo y Partido Verde es una de esas escenas donde el presente dialoga, sin quererlo, con la memoria larga del poder

PERIÓDICO

PÁGINA

FECHA

SECCIÓN

 **INDEPENDIENTE**

3

24/11/2025

OPINIÓN



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXVI LEGISLATURA
SOBERANÍA Y JUSTICIA SOCIAL



Foto X: @Claudiashein